



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Cesare Gaffurri Oldano

Universidad Iberoamericana. Ciudad de México
gaffurri.cesare@gmail.com

Espacio, cuerpo y afecto en Casas vacías de Brenda Navarro*

Space, Body, and Affection in Brenda Navarro's *Casas vacías*

Resumen

El siguiente artículo propone un entramado teórico-crítico a partir las nociones de espacio, cuerpo y afecto para analizar la novela *Casas vacías* de la escritora mexicana Brenda Navarro, respecto a las reflexiones que se dan al interior de la historia tales como la maternidad, la extranjería, la identidad y la memoria. Dicho entramado servirá para proponer la noción del *locus affectus* con el fin de comprender de qué manera el cuerpo puede ser entendido como un espacio intensivo.

Estas consideraciones tienen como punto de partida comprender la relación del cuerpo y el afecto desde la forma de la novela, para comenzar a poner en discusión algunas teorías sobre el espacio, el cuerpo y los afectos, principalmente a través de pensadores como Mabel Moraña, Meri Torras, Paul Ricoeur y José Valles Calatrava. De esta manera, se podrán identificar estas nociones en la novela, principalmente en cuestiones relacionadas a la maternidad y el materner, y la forma en cómo el cuerpo femenino se vincula con el otro.

Palabras claves

Casas vacías, Espacio, Cuerpo, Afectos, locus affectus.

* Este artículo hace parte de la tesis doctoral *La tierra, la casa y el cuerpo. Territorios e h/Historia en algunas novelas latinoamericanas* realizada con el apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

Abstract

The following article proposes a theoretical-critical framework based on the notions of space, body and affection to analyze the novel *Casas vacías* by the Mexican writer Brenda Navarro, with respect to the reflections that occur within the story such as motherhood, foreignness, identity and memory. This framework will serve to propose the notion of *locus affectus* in order to understand how the body can be understood as an intensive space.

These considerations have as a starting point to understand the relationship between body and affect from the form of the novel, to begin to discuss some theories about space, body and affect, mainly through thinkers such as Mabel Moraña, Meri Torras, Paul Ricoeur and José Valles Calatrava. In this way, it will be possible to identify these notions in the novel, mainly in issues related to motherhood and mothering, and the way in which the female body is linked to the other.

Keywords

Casas vacías, Space, Body, Affections, locus affectus.

Estar, el verbo que nos hace humanos. La pesadilla es perpetua.

Brenda Navarro

Sobre el ‘locus affectus’

En “The ‘locus affectus’ in Ancient Medical Theories”, Glenda McDonald introduce la discusión de la medicina antigua que aludía a los espacios presentes en el cuerpo humano (63). En ella expone las bases del pensamiento de Galeno de Pérgamo, quien en su *De loci affectis* postula la noción de lugar-afecto desde la enfermedad como afectación del cuerpo, un síntoma entendido desde la simpatía, es decir, el padecer juntos: “it is clear from the word ‘sympathy’ that the organ does not suffer alone, but it suffers together with another organ. And it would be better and more clear to say that a certain organ suffers sympathy from another organ” (Galeno en McDonald 68). Hacer estas consideraciones desde posturas médicas puede ayudar a comprender de qué modo el cuerpo, en tanto espacio intensivo, se

ve afectado, y opera como potencia en la manera en cómo las personas se relacionan en él.

En este artículo no me interesa argüir acerca de las otras corrientes médicas que contradicen la postura de Galeno, como las del metodista Caelius Aurelianus, quien está a favor de una medicina que se enfoque únicamente en el tratamiento práctico (*evidente*) de la enfermedad (McDonald 70), en la medida en que, al pensar en las emociones, los afectos o, como lo referían en la antigüedad, los *humores*, éstas no resultan “physically observable, their very existence cannot be proven” (70). Entonces, prefiero proponer un diálogo sostenido entre la noción médica del *locus affectus*, desde su condición de topos, con cierta idea de cuerpo atravesada por los conceptos de espacio y afecto; para desarrollar tales discusiones teóricas en la novela *Casas vacías* (2017), ópera prima de la escritora mexicana Brenda Navarro (1982).

Sobre el espacio

Para pensar el cuerpo como un *locus affectus* es importante volver a la tradición de la *descriptio locorum* propia del topos en la literatura antigua. Pensar en las *Bucólicas* de Virgilio, o en las *Églogas* de Garcilaso de la Vega, o en *La divina comedia* de Dante Alighieri, por citar algunos ejemplos, se puede identificar de qué forma el espacio cumple una función poética que no sólo hace referencia a la descripción –es decir, que se despliega tanto en el decoro como en el exceso de calificaciones de los componentes de la naturaleza–, sino a la manera en la que los cuerpos se vinculan con el entorno. Dicho esto, es adecuado hacer una distinción entre el *locus amoenus* y el *locus horridus*, dos espacios que solían reflejar (y caracterizar) los *humores* de los personajes, su intimidad y sus debates psicológicos (Bartkowiak-Lerch 3), tanto desde el lugar idílico, paradisiaco e impoluto del *lugar ameno*, como del espacio oscuro, hostil e infernal del *lugar horrible*. Es decir que el espacio, sin importar su belleza o rudeza, resultaba ser un lugar inanimado,



postizo, hecho a la medida para cualquier historia que pudiera encajar y *existir*. Una posible inscripción del *locus affectus* en la *descriptio locorum* desanclaría la percepción del espacio como un reflejo de los sentimientos de los personajes y también del binarismo *amoenus-horridus*. El espacio-afecto es pura intensidad: es el atravesamiento de una afección que condiciona un cuerpo con su entorno.

De esta forma, se hace evidente cómo el cuerpo se relaciona con el espacio y no sólo esto, sino de qué modo hace cosas en él. Para entender esta dimensión del espacio es fundamental remitirnos a José Valles Calatrava cuando identifica las propiedades y la forma del espacio literario como “un marco o lugar físico donde se desarrolla la acción” (178). Sin embargo, el espacio no siempre pasa como un ente pasivo, puesto que “se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia” (180), dispone, afecta los tránsitos de la historia. Así, se puede comenzar a identificar de qué forma el espacio no es sólo un lugar *objetivo* (Agamben 81) en donde los personajes se desplazan, sino que tiene una carga emotiva fuerte vinculada con la memoria y el recuerdo, con la manera en cómo los cuerpos se relacionan y se reconocen en el espacio, donde cada persona percibe el espacio desde sus afectos y su-estar-en-el-mundo.

Dicho esto, y para concluir algunas alusiones al concepto de espacio, es relevante traer a la discusión a Gabriel Zoran, quien destaca cómo las acciones ayudan a construir el espacio y no viceversa, gracias a la potencia del espacio mismo que se remite a la percepción de los personajes y la manera cómo se altera el entorno: “Space, in its topographical structure, is all potential –it is neutral, with regard to any specific movement or direction, and one may seemingly move within it, from and to any point” (318). Así, Zoran explica el espacio desde las ideas bajtinianas del cronotopo. No es el espacio el que se describe constantemente, sino que es el lugar donde se desarrollan las acciones, donde viven los recuerdos, donde por su afección alteran y condicionan el presente y el futuro del personaje.



Sobre el cuerpo

Ahora bien, ¿qué se entiende por cuerpo? Para dar algunas referencias de la noción de cuerpo es fundamental aludir a dos textos: “La genealogía del cuerpo” de Jesús Adrián Escudero y *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo* de Mabel Moraña. Por un lado, Adrián Escudero propone una “historia del cuerpo” (17) a través de un recorrido filosófico que formula una teoría del cuerpo, para finalmente vincularla con las artes visuales. Destaco cómo “el cuerpo cambia, sufre alteraciones, ve alterada su realidad física y, de manera indefectible, forma parte de un orden simbólico” (17/8); argumento que deja generar una primera aproximación a lo que anteriormente postulábamos como *locus affectus*: el cuerpo en tanto superficie también sufre transformaciones, es afectado, quizás por sus pasiones – aludiendo a la idea de Descartes–, o también por “las cosas y personas que nos rodean en nuestra vida cotidiana” (19), es decir por otros cuerpos que afectan nuestro entorno día tras día. Dicho de otro modo, hay un elemento orgánico del cuerpo como espacio, no como un mero escenario, que está expuesto, es atravesado por un síntoma que lo altera.

Por otro lado, la reciente publicación de Mabel Moraña ayuda a comprender lo problemática que es la noción de cuerpo (6), principalmente por la forma dialógica en la que ésta se puede pensar: ¿es algo dado? ¿Es algo que me pertenece aún después de la muerte? ¿Lo tengo siempre a mi disposición? Esta última pregunta es central para pensar la resignificación del cuerpo femenino con relación a la maternidad, en el sentido en que también el cuerpo se convierte en el hábitat significativo de ese *otro* cuerpo que aloja en su interior. En tanto *locus affectus* se puede pensar una alienación del cuerpo que llevaría a pensar en cierta extranjería que se constituye dentro del cuerpo materno. El cuerpo es un espacio que es efectuado por ese algo que aloja, forma, gesta y desarrolla en su interior.

Y, además: ¿se entiende el cuerpo exclusivamente desde el discurso médico o también desde una consideración natural-existencial? Si es así: ¿el cuerpo es único? ¿El cuerpo puede cambiar? ¿El cuerpo *siempre* nos pertenece? Considero



fundamental la puesta en común entre distintas perspectivas y la forma en cómo Moraña propone una serie de interacciones con varias posturas teórico-filosóficas para abarcar la idea de cuerpo. No le basta con pensar las *formas* de éste, sino también las imbricaciones con otros objetos y otros estudios tales como el género, el capitalismo, la tecnología, el deporte, etc.

Dentro del extenso abanico de posibilidades propuestos por Moraña, quisiera dirigir este análisis hacia el componente social al que la autora intenta llevar su argumentación: “El cuerpo es el lugar donde el otro me encuentra” (8). Con esto, propongo comprender el cuerpo como una superficie de encuentros, además porque “no hay cuerpos sin *otros*. Es decir, cada cuerpo es en sí mismo parte de una red de interacciones, imposiciones, resistencias, regulaciones y transgresiones” (9). El espacio, insisto, nunca está vacío. Al pensar esta red de interacciones estamos preocupándonos por las diferentes relaciones sociales, las reflexiones en torno al cuerpo y el género, a la jerarquía y la hegemonía en torno al cuerpo, entre otras posibilidades. Esto puede ser entendido también desde los escenarios por los que dichos cuerpos se movilizan y transitan:

el lugar del sujeto, su asentamiento corporal, el espacio que ocupa sobre los planos convencionalizados de la casa, la ciudad, el territorio, la nación, el planeta: sitios *políticos*, es decir, regulados por y en la comunidad, que existen en función de las formas obvias o imperceptibles de comunicación corporal y de las modalidades individuales y colectivas que el cuerpo asume para el funcionamiento cultural. (Moraña 9)

Siguiendo atentamente a Moraña se percibe que dicho espacio existencial es habitado por cuerpos que se asientan, lo ocupan y lo construyen, pero adicionalmente, esos lugares habitados son *políticos*, esto quiere decir que en efecto sí se ven determinados los espacios por cuestiones de clase, raza y género, y que además estos espacios terminan resignificando afectos por la manera en que los cuerpos se corresponden con *ese* entorno.



Moraña plantea que también, fuera de la piel, hay un contacto, *por simpatía*, con el espacio, con el *otro* que está en juego: “es a través del cuerpo que llegamos al mundo –y él a nosotros– para interpelarnos o, simplemente, para anunciar que allí está el desafío” (12). Pensar las fronteras del cuerpo, los encuentros múltiples hechos por estos cuerpos sobre el espacio existencial, nos consiente estudiar y comprender no sólo las formas en cómo interactúan esos cuerpos sino en la transformación que tales encuentros producen en el espacio. Para esto me remito a la argumentación planteada por Moraña en relación con las aproximaciones sobre el espacio de la geógrafa inglesa Doreen Massey: “el espacio es una compleja red de relaciones de dominación y subordinación, solidaridad y cooperación” (Moraña 36). Esa red es fruto de tres maneras de pensar el espacio como: i. la resultante de interrelaciones (en tanto producto), ii. la posibilidad de multiplicidad y iii. en proceso de transformación (Moraña 36; Massey 102). Esto hace posible comprender de qué manera las imbricaciones sociales no sólo se construyen dentro del espacio, sino de qué forma producen un espacio. Uno cuya cualidad está mediada por sus interrelaciones y las disrupciones que se dan en su interior. Massey concluye así con el argumento de que “el *espacio no es una superficie*” (115). Este espacio entonces, como lo decía anteriormente, determina la manera en cómo los cuerpos ocupan y habitan el espacio: “la mujer *conserva* el espacio (la casa, el jardín, los objetos) mientras que el hombre *crea* (edificaciones, diseños, modificaciones del terreno). Pero también la relación con el espacio interior, con el cuerpo propio, se considera diferenciada” (Moraña 38). Si bien “[los] espacios [están] marcados por el género” (38), la relación del cuerpo con el espacio conlleva a un devenir, un devenir del espacio *por medio* del cuerpo y un devenir del cuerpo *a través* del espacio.

¿Subvertir es cambiar e ir en contra *del cuerpo hegemónico*? O ¿Subvertir es cambiar para responder a ciertas prácticas hegemónicas respecto a *qué es un cuerpo*? Esta distinción me parece muy lúcida para tratar de comprender cómo los estereotipos se alimentan también de las exigencias del mercado y de la mirada patriarcal que consume, por ejemplo, el cuerpo de las mujeres. Así que:

¿construimos nuestros cuerpos o nos los construyen? Y si voy más allá, ¿una mujer no es *tan* mujer porque no es capaz de engendrar un hijo? ¿una mujer es una mala madre porque no sabe cuidar a un niño? Estas aproximaciones me llevan a afirmar que también hay una forma de pensar el cuerpo femenino desde la subversión y la vulnerabilidad en la manera en la que el cuerpo de la mujer se vincula no sólo con el espacio sino con la maternidad y el maternar.

Por último, me parece necesario revisar las nociones de *tener cuerpo*, *ser un cuerpo* y *devenir un cuerpo* planteadas por Meri Torras en su artículo, “El delito del cuerpo”, justamente por la forma en la que vincula ya no sólo la forma en la que se piensa el cuerpo sino la experiencia de tener un cuerpo. Se ha insistido en que son los cuerpos los que ocupan un espacio, pero también es importante indicar que un cuerpo es el espacio, contenedor de algo/alguien, un sujeto, “más específicamente como contenedor de su ser” (Torras 16). En esta línea cuerpo-contenedor se puede no sólo vincular a las concepciones filosóficas desde tiempos pretéritos a propósito de la oposición cuerpo/alma, por ejemplo, sino que nos concede vincularlo también a la concepción biológica-médica del *locus affectus*, en tanto que el cuerpo es “un receptáculo efímero en progresiva corrupción” (16), es decir, que se verá afectado en algún momento tanto por la enfermedad o por los *humores* que atraviesan dicha superficie.

Con esto, Torras profundiza su argumentación introduciendo el pensamiento cartesiano para denotar la noción de cuerpo como máquina, es decir “un mecanismo de precisión que si bien podría moverse sin el alma, es esa entidad independiente de la materia la que nos hace humanos y diferentes al resto de los seres vivos” (16). De esta posición es de la que Torras pasa a pensar la noción de *ser cuerpo* en tanto máquina, el habitar y (re)presentar nuestro propio cuerpo. Nuestro cuerpo está lleno de significaciones –marcas, huellas, cicatrices–, como una especie de *memorial* de la superficie afectiva, como si nuestro cuerpo tuviera la potestad de *contarse* y *dar cuenta* de sí.

Sin embargo, ¿todo cuerpo es materia? Si se vincula el pensamiento de Torras con las discusiones en torno a la teoría queer, es pertinente mencionar el



último apartado de su argumento puesto que brinda la posibilidad de relacionar ciertos nodos de las nociones abarcadas previamente. La autora hace referencia al problema de la representación del cuerpo en la medida en que

más que *tener* un cuerpo o *ser* un cuerpo, *nos convertimos* en un cuerpo y lo negociamos, en un proceso entrecruzado con nuestro devenir sujetos, esto es individuos, ciertamente, pero dentro de unas coordenadas que nos hacen identificables, reconocibles, a la vez que nos sujetan a sus determinaciones de ser, estar, parecer o devenir. (20)

De esta manera, se puede comprender que el espacio en devenir propuesto por Massey está imbricado con la idea de *devenir un cuerpo* de Torras, en la medida en que tanto cuerpo como espacio siempre están abiertos, en proceso de mutación según las dinámicas sociales, interacciones y encuentros que se den en cierto espacio. Esto es significativo a la hora de pensar el cuerpo, bien sea por el reconocimiento social que muchas veces está influenciado por la mirada médico-biológica, o por las implicaciones sociopolíticas de la mirada *sobre* los cuerpos –y también el estigma civilizatorio sobre cómo *es* un cuerpo y cómo *debe* comportarse–; o en cómo el sujeto se crea como sujeto en relación con su entorno (24), según sus afectos y sus afecciones, según la diferencia y la ilusión de cierta realidad.

Sobre el afecto

Para continuar anclando la noción de *locus affectus* con las ideas expuestas previamente, quiero trasladar el foco argumental a la idea de afecto. Para comenzar, quiero sostener que los afectos, así sean abstractos, *hacen* cosas en el cuerpo, en el espacio y en las sensaciones de los personajes. Esto me ayuda a configurar la manera de comprender cómo el espacio está vinculado con estos afectos o *humores*

o sensaciones que determinan y delimitan también cierto carácter identitario tanto del cuerpo como del espacio.

En una primera instancia es oportuno volver a la lectura que hace Gilles Deleuze de la obra de Baruch Spinoza, y con particular atención en la manera cómo este filósofo entiende los afectos; no

pueden ser percepciones. Por ejemplo, percepciones luminosas, percepciones visuales, percepciones auditivas, son afectos. Pueden ser sentimientos. La esperanza, la pena, el amor, el odio, la tristeza, la alegría son afectos. Los pensamientos son afectos, eso también efectúa mi potencia. Yo me efectúo entonces bajo todos los modos. Percepciones, sentimientos, conceptos, etc., son modos de llenado, efectuaciones de mi potencia. (Deleuze 95)

Esto quiere decir que cada afecto provoca un efecto en el cuerpo, una resonancia que trasciende no sólo la dimensión existencial del cuerpo sino del espacio. Esta interpretación deleuziana puede identificarse con algunas valoraciones respecto a la teoría de los afectos propuestas por Ignacio Sánchez Prado en las cuales, a manera de presentación, introduce el amplio espectro de la teoría de los afectos (por ejemplo, la sociología o la neurociencia que no necesariamente están ancladas al pensamiento de Deleuze) dentro de los estudios latinoamericanos; allí “podemos encontrar una teoría de los afectos nacida del interés de los estudios *queer* en superar el racionalismo heteronormativo..., en el estudio sociológico de la comodificación de la vida cotidiana en el capitalismo avanzado... en los estudios cognitivos y la neurociencia...” (12). De esta manera se aprecia entonces que, por un lado, la(s) teoría(s) de los afectos son una herramienta de análisis que admite otros niveles de comprensión donde no sólo el cuerpo o el espacio estén en el centro de las consideraciones, sino también la ideología, el género y los factores sociales (12). Por otro, la íntima vinculación que



tiene el estudio de los afectos con los estudios queer y la manera en que permiten estudiar los efectos de ciertas marcas afectivas en los cuerpos.

Acudo nuevamente a Mabel Moraña, quien complementa lo planteado por Sánchez Prado y ofrece un panorama mucho más preciso en la manera de pensar el cuerpo desde el afecto (y el afecto desde el cuerpo, tal vez como un territorio existencial). En esta medida, el afectar el cuerpo significa “cambios en las formas de interiorizar e integrar las nuevas modalidades que va asumiendo el afecto tanto en el ámbito público como en el privado” (Moraña 191). Esta referencia la hace principalmente en situaciones como la maternidad y el maternar, reconociendo los factores afectivos que pueden implicar no sólo al cuerpo sino al entorno. Como indica Moraña el pensar los afectos permite tener una manera *diversa* de ver y relacionarse con el mundo que dista de lo racional (191). Es así entonces que

las emociones dan forma a la *superficie* de los cuerpos individuales y colectivos. Los cuerpos se estructuran como tales a partir del contacto con otros cuerpos que circulan en el dominio público. El mundo de los objetos interactúa con los cuerpos y los moldea física y emocionalmente. (192)

Propongo también regresar a la propuesta de Doreen Massey. Si bien ella contempla el espacio desde su potencia social y geográfica considero que también es a través de los afectos que la multiplicidad y el producto de las interrelaciones se efectúa y se forma, dado que hay varios sentimientos o emociones que detonan vínculos o funcionan como vehículos de la memoria o potencializador de subjetividades. Esto conlleva a pensar que también a través del afecto, el cuerpo y el espacio devienen en un *locus affectus*, puesto que son transformados por las intensidades provocadas y por las efectuaciones que detonan en-sobre sí: el cuerpo también es un espacio, y el espacio también es un cuerpo.

Sobre *Casas vacías*

Casas vacías es la historia de dos madres mexicanas anónimas presentada mediante dos relatos sobre dos ejercicios de maternidades diversas. La primera de ellas es una mujer que, al parecer, es de una clase social media-alta y quien después de que su hijo autista es robado en el parque comienza a reflexionar acerca de la desaparición contando su experiencia como madre. La segunda mujer hace una especie de testimonio en el que cuenta la manera en cómo raptó un niño, cómo lo cuidó y las razones por las cuales tuvo que hacerlo: un aborto espontáneo reciente, las condiciones precarias y de violencia intrafamiliar en las que vivía, etc. El punto de inflexión de ambas historias está en *ese* niño: Daniel, el nombre que le dio al nacer su madre biológica, la Mujer Uno; y Leonel, el nombre que recibió después de haber sido raptado en aquel parque por la Mujer Dos.¹

Voz, narración y memoria

Quiero insistir entonces en las aproximaciones que permiten vislumbrar cierta corporalidad en la narrativa de *Casas vacías* de Brenda Navarro, a propósito de la elección de la voz narrativa elegida por la autora: la primera persona. Esta elección narrativa es muy oportuna para comprender la noción de *locus affectus* porque coincide en cierta medida con la forma en la cual los cuerpos de las mujeres se ven afectados por sus experiencias de vida. La escritura (y en el caso de la novela de Navarro, el testimonio) es una efectuación del sentir y del afecto:

Llegué a sentir respeto por las personas que son capaces de hablar y de contar sus emociones. De compartir, de empatizar. Yo sentía que tenía

¹ Para fines prácticos de este análisis, la distinción que propongo entre las dos narradoras protagonistas será Mujer Uno para referirme a la mujer cuyo relato gira alrededor de la pérdida- robo de su hijo, y Mujer Dos para hacer referencia al testimonio de la mujer que roba el niño y centra su historia en el cuidado del niño y en las implicaciones que sus acciones llevaron a nivel (intra)familiar.

algo atorado entre los pulmones, la tráquea, las cuerdas vocales. Me dolía querer hablar, como cuando una mano te asfixia. (Navarro 26)

Quiero destacar la materialidad que tiene la voz en el uso de una narración así, porque es a través de la primera persona en la que se pone en evidencia el cuerpo, principalmente para comprender cómo éste se vincula con el entorno y cómo las emociones y afecciones son determinantes para identificar su perspectiva y su forma de ver el mundo.

Para pensar la forma en la que “la historia de una vida se convierte en una historia contada” (Ricoeur 342), es oportuno traer a la discusión las aproximaciones de Paul Ricoeur en las que reflexiona cómo el acto de narrarse refiere al hecho de encontrar un lugar. Un lugar que existe en el lenguaje; pero un lugar que está mediado por el cuerpo, por la vida misma. Por la huella de un cuerpo que *se transforma* en un espacio y lo cambia a través de sus propias acciones. Ahora bien, me interesa particularmente comprender de qué manera a través del lenguaje los cuerpos de las protagonistas se transforman en el espacio; esto acontece mediante las formas en las cuales las voces se materializan y ponen en evidencia las marcas y los registros sociales de ambas mujeres.

En esta medida, por un lado, la Mujer Uno construye su memoria desde la pérdida del hijo, a través de una especie de diario, con un carácter mucho más reflexivo; además, llama la atención la narración fragmentada, no todos los párrafos se subsiguen y también son irregulares (hay unos más extensos, unos más narrativos, otros que son preguntas que la mujer se plantea, otros son sólo frases muy cortas que destacan o advierten algo muy puntual). A su vez, este testimonio tiene vacíos, un espacio más marcado entre párrafo y párrafo y esto tiene que ver con algo que refiere a lo largo de su discurso: el hecho de respirar. Alrededor de 49 veces (y es significativo que 42 hayan sido dichos únicamente en la primera parte) la Mujer Uno emplea la palabra “respira” para tener estabilidad: “Respirar no es un acto mecánico, es una acción de estabilidad” (Navarro 18), para encontrar sosiego ante las adversidades que van aconteciendo en su vida. De ahí que la noción de



locus affectus coincide, a su vez, con los *humores* y las afectaciones propias del cuerpo. La respiración permite que el cuerpo-sistema funcione, pero esa respiración coincide también con la forma por la cual el testimonio se ejecuta, como si coincidiera entonces el espacio narrativo como una afectación directa con el cuerpo de la Mujer Uno.

Por otro lado, el testimonio de la Mujer Dos es mucho más espontáneo y expresivo respecto a la otra mujer; se puede ver por la velocidad, la densidad de los párrafos, largos y sin pausas, casi como un flujo de la consciencia, marcado por un registro oral, evidente por el uso de palabras y expresiones cotidianas y coloquiales, como si estuviese contándole a alguien todo lo que le ha sucedido. Esta cuestión del lenguaje me interesa particularmente porque pone en evidencia no sólo el carácter social de la Mujer Dos (un léxico pobre, ramplón y grosero) sino también la manera cómo Brenda Navarro utiliza el lenguaje para distinguir las marcas sociales y culturales de cada mujer. En efecto, es la Mujer Uno que en un momento muy puntual cuando invitan a Nagore a un cumpleaños a una casa a “las afuera de la ciudad... una casa entre el bosque, rodeada de autos de lujo” (Navarro 133), al ver tanto derroche de dinero piensa que “las clases sociales no se rozan” (133). Considero este pasaje crucial si se piensa la forma en la que están constituidas las voces al interior de la novela: ambos testimonios nunca se cruzan, nunca se rozan, son independientes el uno del otro, pero, indiscutiblemente, ambas voces-cuerpos responden a ciertas exigencias o efectos del entorno que condiciona su ser-estar en el mundo.

Esta apreciación coincide con lo que Ricoeur refiere a propósito de la identidad del personaje y las transformaciones que tiene a lo largo del relato: “la identidad narrativa del personaje sólo puede ser el estilo unitario de las transformaciones subjetivas reguladas por las transformaciones objetivas que obedecen a la regla de completud, de totalidad y de unidad de la trama” (Ricoeur 347). Aunque, al intentar llevar el análisis más allá, se puede considerar que dichas identidades narrativas en *Casas vacías* sirven para perpetuar ciertas condiciones de clase y de raza propias de la sociedad mexicana que marcan la diferenciación social



ya no sólo en la forma de hablar de cada una de las mujeres sino en su relación con su entorno, en la gran mayoría mísero y precario.

En lo que respecta a la novela *Casas vacías* la memoria cumple un papel primordial en la forma de la narración. Si bien a lo largo de la propuesta teórica se ha insistido únicamente con las nociones de cuerpo, espacio y afecto, quiero proponer cómo en esta compleja red de conceptos teórico-críticos puede pensarse la noción de memoria como parte de un espacio íntimo, como un espacio psicológico mediado por los afectos, marcado por las huellas, las cicatrices y los traumas que están afectando no sólo la identidad sino la forma en cómo los cuerpos se narran y se vinculan con su entorno a través de su propia voz. Ahora bien, a pesar que Navarro recurre al uso de la primera persona, ambas mujeres protagonistas, al momento de narrar(se), aluden al tiempo pasado de los hechos para recalcar cómo aquellas acciones han afectado y condicionado su presente. Por ejemplo, la Mujer Uno comienza la narración únicamente desde el momento en el que sabe que está embarazada; episodios más antiguos que nos den una perspectiva más grande de su vida no van a llegar en ningún momento al presente de la narración:

Yo no me daba cuenta pero poco a poco comencé a dejarme marcas en las manos, unas veces porque me mordía la piel entre el dedo índice y el anular, otras porque enterraba mis uñas en la palma... Eran heridas que se abrían y se cerraban por autonomía. Heridas que eran como si hubieras peleado con alguien... (Navarro 116)

Caso contrario el de la Mujer Dos que sí cuenta cómo ella es hija del resultado de una violación, del carácter de su madre y la muerte de su hermano, de la imposibilidad de concebir hijos, del aborto espontáneo que tuvo, etc.

Tampoco es que me pegara mucho, porque decía que por cualquier moretoncito ya andaban ya andaban metiendo a la cárcel a la gente, pero una vez descubrió que en las tetas no me quedaban marcas. Entonces le dio

por pegarme ahí, te las voy a desinflar, me decía, y yo lo manoteaba, pero sí alcanzaba a darme. Se te van a desinflar y ya no te van a server y yo tenía miedo de que fuera cierto y no pudiera darle pecho a mis bebés. (Navarro 44)

En este caso se puede ver de qué forma a través de la memoria se comprende cómo los afectos han atravesado los cuerpos de estas mujeres y las consecuencias no sólo en su cuerpo sino en su voz y en su forma de relacionarse con los otros. Así, “los afectos son vistos como manifestación del trauma y como formas sublimadas del «daño» que lo real causa en la subjetividad” (Moraña 199). Es decir que el afecto es inherente al cuerpo (y viceversa) y que en esa medida producimos afectos que a la vez nos afectan, y que es a través de ellos que conocemos, percibimos y experimentamos el mundo.

Estereotipos y maternidad

Otro de los temas significativos de la novela de la autora mexicana es el de la maternidad y las implicaciones socioafectivas que ello demanda, desde cuestiones de género hasta ciertas resignificaciones a propósito del cuerpo femenino en relación con los estereotipos en torno a la figura de la madre. Como punto de partida, anclado a las cuestiones planteadas previamente, es oportuno traer a la discusión el trabajo realizado por Richard Angelo Leonardo-Loayza a partir de los estudios a propósito de la maternidad en obras como *Casas vacías* o *La perra* de Pilar Quintana. Me interesan particularmente sus aproximaciones porque sirven como puente para vincular el tema de la maternidad con el de la voz y la identidad que traté previamente. Leonardo-Loayza apunta: “desde una óptica que asume la maternidad como una construcción social y cultural, en la que la mujer está a merced de una serie de mandatos sociales que, además de someterla, terminan por violentar su propia identidad” (152). Es así como la literatura también ha caracterizado a las madres como autómatas, una función predestinada como un



reflejo de una sociedad patriarcal. En ésta, el papel femenino ha sido relegado, y casi que reservado, a un trabajo al que deben cumplir sin chistar; y por el que, en la mayoría de los casos, no reciben nada a cambio, siguiendo la aproximación de Silvia Federici en *Calibán y la bruja*. Tanto la Mujer Uno como la Mujer Dos están al margen de sus trabajos como madres y es a través de su testimonio que podemos conocer su historia y las diversas violencias que reciben por parte de sus respectivas parejas o familias.

Para ampliar el abanico de posibilidades analíticas a propósito del tema de la maternidad en la obra de Navarro, considero que la construcción de los personajes femeninos está fundada desde los estereotipos más tradicionales entorno a la figura de la madre. Un ejemplo: “When she’s Good, she’s very, very Good (the Blessed Mother, Mother Teresa), but when she’s bad she’s horrid (Medusa, Livia Soprano)” (Guerrilla Girls 27). Esta cita de las Guerrilla Girls precisa de manera muy atinada la dicotomía de la representación de la madre en la literatura porque pueden ser caracterizadas desde una perspectiva tradicional en donde ésta encarna los supuestos valores y el amor materno propios y característicos de “toda madre”. Ahora bien, Navarro explora esta lectura “tradicional” del papel de la madre (fundado desde el amor y la unidad familiar, si pudiera decirse también) para trastocar no sólo el papel de la madre (la Mujer Dos como madre ladrona-y-adoptiva; o, por ejemplo, la misma madre de la Mujer Dos que, volviendo a las Guerrilla Girls: *she’s horrid*, debido a la manera en cómo trata a sus hijos, el intento de ahogar a la Mujer Dos cuando era niña o cuando, al final de la novela, desaparece a Leonel) sino la idea de maternidad como tal.

A partir de la idea de maternidad podemos incluir dos eslabones más en nuestro análisis. El primero tiene que ver con una resignificación del cuerpo femenino en relación con los ya mencionados estereotipos en torno a la figura de la madre. Desde el estado de preñez, desde la posición de cada ejercicio de maternidad que además de ser vivido-en-el-cuerpo-femenino, el cuerpo está atravesado por la mirada del otro, constreñida por el mandato de la masculinidad y del patriarcado.

Un ejemplo de esto puede ser este pasaje de la novela cuando la Mujer Uno le cuenta a su pareja sobre su embarazo:

Tomaba jugo de naranja por la mañana; la mayoría de las veces, mucho antes de que pudiera llegar al esófago, lo vomitaba. ¿Quién se inventó que el embarazo era la mejor época de una mujer? Tú quisiste embarazarte, me decía Fran, aunque luego me besara y me dijera que era broma, que qué risa, pero para mí lo decía todo ahí aunque se desmintiera. Maldito sea el semen sabor a metal ácido que atinó a hacer su trabajo. (Navarro 73)

Este fragmento nos permite, por un lado, la posibilidad de observar esa aproximación tan diferente del cuerpo femenino y el cuerpo masculino alrededor de la maternidad, donde se plantea un juego entre el deber y el querer, como si el mandato de la feminidad se cumpliera a través del embarazo. Por otro, podemos percibir un atisbo muy claro del *locus affectus*: el estado de preñez de la madre que condiciona al cuerpo ante los síntomas, las fuerzas moleculares que se desatan en su interior. Un rechazo tal vez del vómito ante el hecho de llevar algo adentro. El cuerpo en tanto sistema y por simpatía se ve afectado por algo que lo desestabiliza.

El segundo, es un ejemplo muy sugerente propuesto en el artículo “El concepto de *maternidad*, su preferencia semántica y colocaciones en la novela *Casas vacías*: un análisis desde la lingüística de corpus” realizado por Liliana Hernández Ramos, Antonio Rico-Sulayes y Gerardo Castillo Carrillo. Si bien el artículo intenta demostrar, a partir de un seguimiento semántico de palabras como *madre*, *embarazo*, *maternidad*, entre otras, cómo la concepción en torno de la maternidad “presenta una carga negativa” (Hernández et al. 67), quisiera comprender cómo los ejercicios de maternidad relatados en la novela de Brenda Navarro están condicionados por cierta vulnerabilidad y subversión que afecta el cuerpo femenino(/materno). Bien lo exponen Hernández, Rico-Sulayes y Castillo Carrillo diferenciando la *condición de esclavitud* de la Mujer Uno en el momento en el que le imponen cuidar(/adoptar) a la sobrina de su marido luego de que su



madre fuera víctima de feminicidio (60). Cito una de las reflexiones que hace la mujer respecto al vínculo con esta hija impuesta:

Sé que Nagore no nació para mí. Sé que Nagore siempre tendrá en su mente que Amara es su madre y ninguna otra. Lo sé. Entonces, ¿para qué perder tiempo cuidando a una hija que no es mía, por qué habría de ser yo su hogar? ¿Por qué tendría que sentir empatía por alguien a quien no conocí? (Navarro 29)

Creo que es pertinente, entonces, reconocer de qué forma también la maternidad es una construcción, y cómo, a través de las narrativas de la religión, los preceptos culturales e institucionales, se ha alimentado la concepción de que toda mujer *es* buena madre sólo porque *es* mujer o que toda mujer *se completa*, únicamente, a través de la experiencia del concebir y el maternar. La pareja de la Mujer Uno da por sentado que ella, por ser mujer, puede (y sabe) cuidar a su sobrina después de que ella quedara huérfana. La Mujer Uno se cuestiona justamente eso: por qué cuidar algo que no engendró y también de qué manera el ejercicio de maternar condicionaría un *nuevo* hogar (impuesto) para ella.

Asimismo, vale la pena reflexionar en torno a la Mujer Dos en su intento de subvertir su experiencia con la maternidad a través del deseo constante de ser madre. Subvertir en el sentido en que intenta cambiar y desafiar la “fuerza destructiva” (Hernández et al. 60) de su pasado –es idóneo volver a la novela para recordar de qué forma la madre de la Mujer Dos intentó matarla cuando era niña mientras la bañaba o el aborto espontáneo que tuvo después de que *finalmente* quedó embarazada o la fascinación que tuvo ante el niño *adoptado* el día que lo vio por primera vez– robando un niño para cuidarlo, para demostrar que ella sí podía ser buena madre ante los ojos de su familia y que a través de su experiencia de maternidad ella podía ser distinta a su madre:

Con lo que no podía vivir era sin ser madre. ¿Que por qué la aferración? Pues porque sí, ¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor? Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa, ¿por qué eso podía ser malo? (Navarro 99)

La percepción que cada una de las dos mujeres tiene sobre la maternidad es llamativa. El deseo de la una se complementa con el de la otra, pero también pone en evidencia ese deseo de parir y cuidar a una niña que sea *diferente* a todos ellos, no sólo por la fortaleza, sino, tal vez, ajena a todo el círculo de violencia experimentado en la familia. No sólo se percibe cierta inocencia sino también un aferramiento al deseo de cuidar a alguien, darle amor, ya que, desde su mirada, eso no tiene nada de malo.

Ante esto, entonces es necesario comprender cómo el materno también está vinculado a ciertas expectativas sociales que no se cumplen, expectativas que están relacionadas no sólo al hecho de cuidar algo o alguien, sino de recibir algo a cambio, esto tiene que ver con la performatividad del mandato, principalmente en “la reiteración de normas de género muy opresivas y dolorosas con el objetivo de forzarlas a adquirir una nueva significación” (Adrián Escudero 23).

Entre espacios: el afuera y el cuerpo

En este punto, quiero traer a la discusión la forma en cómo el cuerpo femenino se vincula en el espacio público (la calle) y el espacio privado (la casa), porque no sólo las emociones están vinculadas con ciertos territorios, sino que hay ciertas jerarquías que también determinan la manera en cómo las mujeres interactúan con ese entorno. No en balde, la autora propone pensar el espacio desde el miedo y la violencia, demostrando así que la relación de poder entre los cuerpos que habitan el espacio está mediada por el mandato patriarcal que a través de su

violencia y jerarquía controla y desafía las normas del género (Soto Villagrán 207). Esta referencia me parece muy importante para pensar el espacio de la casa en *Casas vacías*, específicamente en la casa de la segunda mujer, quien muchas veces fue víctima de maltrato y violación no sólo en su espacio doméstico sino en las inmediaciones de su casa; pero a su vez esto nos lleva a otra consideración y es la manera en cómo el género masculino accede a los cuerpos de las mujeres a través de la violencia única y exclusivamente por su poder y su jerarquía:

Es feo saber que una no cabe en ningún lado... En cuanto tú crecías, ya no querías andar por la calle porque los vecinos comenzaban a chiflarte o te decían cosas... Una no podía nadar bien vestida porque ahí estaban de puñeteros, o una no podía salir así, sin bañarse, porque también te decían que si ellos te bañaban o cosas así. (Navarro 142)

Es acertado detenerse en esta cita para comprender de qué manera se pone de manifiesto el hecho de que la Mujer Dos alude a cómo la calle no es, precisamente, un lugar para las mujeres, que es un espacio de exclusión, ajeno, que representa varios peligros desde la manera en cómo se viste o cómo camina, porque el andar indica una amenaza desde los comentarios ajenos hasta, tal vez, alguien que quisiera aprovecharse físicamente de ellas.

Volvamos a la novela con un par de ejemplos para ilustrar lo dicho anteriormente: “Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío que le llegaban los ruidos ciudadanos a lo lejos. La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija” (Navarro 114). Véase la forma en la que se piensa el cuerpo: *contenedor, patio vacío, casa vacía con estructura fija*, es un espacio intensivo. Es un lugar que está potenciado, que está vaciado, que está desacomodado no sólo de sí, sino de las propias normas sociales y médicas: “... eso era lo que había que hacer: ser las casas vacías para albergar la vida o la muerte, pero al fin y al cabo, vacías” (82). El espacio para dar o quitar vida, el lugar afectado por/para otro. Sin

embargo, me resulta necesario pasar de esta cita al título de la novela: *Casas vacías*, que alude tanto al cuerpo de las mujeres en tanto edificación, cuerpos erigidos que toman forma desde las emociones que las mujeres atestiguan y se relación con los otros; como a un vaciamiento del cuerpo, cuerpos femeninos que han sido vaciados en su condición y posibilidad de parir y materner. Ambas mujeres dan el testimonio desde la falta, desde la pérdida y la ausencia.

No obstante, también la casa vacía remite a la casa de muchas familias mexicanas que han experimentado la desaparición de un hijx, un padre o una madre. En la novela, no sólo es la Mujer Uno la que busca a su hijo; también lo hará la Mujer Dos cuando su madre² desaparezca al niño para evitar problemas. Véase cómo, de esta manera, cuerpo y casa son representaciones del *locus affectus* del cual he insistido a lo largo del presente análisis. El cuerpo es el espacio, el cuerpo es el territorio existencial por donde son atravesados los afectos, internos y externos, que surgen como efectuación por esas *otras* condiciones que lo condicionan y cómo deviene a partir de la interacción y la percepción del otro. El cuerpo es, así, la casa, la casa vaciada, el cuerpo afectado.

No quiero dejar de lado algunas aproximaciones que hace Gerad Coll-Planas respecto a la idea de cuerpo y vulnerabilidad en *La carne y la metáfora* para entender cómo son dos cuestiones que atraviesan a ambas protagonistas de *Casas vacías*. Propongo pensar este vínculo desde el estado de preñez de las dos madres: la Mujer Uno puede parir a su hijo, mientras que la segunda no. Sin embargo, hay un detalle llamativo respecto a la Mujer Uno: durante su estancia en Utrera, que coincide con el avance de su estado de embarazo, recibe un ataque xenófobo: “Vete a parir a tu hijo a tu país” (Navarro 84), le dice alguien local al ver a una mujer cuyo color de piel es muy oscuro, quizás, para andar embarazada por alguna calle en Europa. Esa mirada del otro siempre está perpetuada por cierto estado de extranjería, que no es más que un falso juego de poder hegemónico en donde el

² Es preciso agregar a este análisis que también la madre de la Mujer Dos tiene un hijo desaparecido ya que, teniendo en consideración la lectura de la novela, se sabe que tiene un accidente en el trabajo y nadie les dice nada sobre su paradero. Y ellas lo buscan sin jamás obtener alguna prueba o información.

problema de la raza atraviesa la forma en que el cuerpo se vincula al otro, al espacio-otro. Todo esto para reforzar la idea de que, por el género, pero también por cuestiones de raza y de clase en la novela *Casas vacías* se puede evidenciar la vulnerabilidad de los cuerpos.

Ahora, si bien el sujeto no existe sin el otro, Coll-Planas intenta hacer una crítica profunda a la(s) teoría(s) queer en la medida en que las considera “idealistas y voluntaristas” (c. 4, pos. 677), ya que no trasgreden la forma de pensar el cuerpo, sino que “reproducen la incapacidad actual para admitir la vulnerabilidad de nuestros cuerpos” (c. 4, pos. 677); cuerpos que, insiste el autor, “mueren, que sangran, que son apaleados, que son violados” (c. 5, pos. 692). Destaco, a su vez, cómo se aproxima a la teoría queer desde la subversión del cuerpo, un argumento fundamental para entender de qué forma a través de ciertas experiencias hay una práctica en donde se pone en entredicho la hegemonía del cuerpo.

La vulnerabilidad

En última instancia, también insistí en vincular el espacio interior del yo con la forma narrativa de *Casas vacías* y en qué sentido se ponen en entredicho cuestiones tales como la vida y la identidad a partir del relato y la focalización de cada una de las protagonistas. Esto me parece propicio para comprender de qué manera las afecciones que se efectúan en las vidas de estas mujeres no son más que acontecimientos que, desde su precariedad, “abren al trauma” (Melich 46). Ambas vidas son sintomáticas ante las relaciones de poder (entiéndase tanto el entramado social como familiar) en las que dichos cuerpos se mueven; para ambas mujeres “el trauma [le]s recuerda insistentemente que en [su] presente perviven ausentes, situaciones ausentes, personas ausentes, anhelos ausentes” (47). Y es justo a través de su experiencia en la que nos vamos apropiando de esas heridas, de esas grietas que han trastocado su mundo, que siguen marcándolas y que es inevitable huir de ellas. Una marca que impide que se pueda huir de sí mismo, como una condena. Ahora, en este espacio intensivo que es el cuerpo, las efectuaciones del trauma

configuran así una condición de vulnerabilidad propia del cuerpo que se da por un enajenamiento sobre la percepción que se tiene sobre sí mismo, pero también por una perforación no sólo de un afecto en el cuerpo sino por la mirada del otro sobre nuestros cuerpos. Este fragmento del relato de la Mujer Uno, en el que compara su cuerpo al de una prisión y una jaula, se puede pensar justamente desde el mandato de lo familiar y el estatuto jerárquico de lo social:

Una cree que hay demasiada libertad en el aire y no se percata de que es fácil crearse una prisión propia. Una deja de migrar a la ruta pactada. Una sale de la primera jaula familiar y trastabillea, da pasos en falsos, agita torpemente las alas y se pone a recolectar niditos de todo. Una misma va gritando: ¡Méteme a la jaula, vamos, vamos, que me metas a la jaula! Yo lo hice cuando dejé de tomar anticonceptivos y fui a susurrarle al oído al pulcro de Fran: ¡Mánchame, ensúciame por dentro, entra duro, sí, así, lléname de ti, ensúciame, sí...! Pero él quedó pulcro. (Navarro 68/69)

Una vulnerabilidad que está anclada a la idea de maternidad como negación de libertad y también, como una evidencia de las condicionantes que tiene el cuerpo femenino en el momento de la gestación que el cuerpo masculino no tiene. El cuerpo de la mujer se presenta como un lugar sucio, manchado, mientras el del hombre se mantiene siempre impoluto porque los afectos, cruzados *simpáticamente*, únicamente se generan en el cuerpo de ella. Esto conlleva a entender que:

Somos vulnerables porque nos configura más lo que nos pasa que lo que hacemos, las pasiones que las acciones. A menudo tenemos tendencia a pensar que yo soy lo que hago, lo que decido hacer, cuando, en realidad, como se advierte desde una antropología de la vulnerabilidad, fundamentalmente soy lo que me pasa. (Melich 23)



Quiero resaltar la manera cómo la vulnerabilidad configura las acciones propias a partir de nuestro estar en el mundo, es decir en la manera como los cuerpos se relacionan con el otro y existen a partir de la mirada del otro; porque es a través de estos cuerpos-afectos y de la condición de posibilidad en la que pensamos los cuerpos y su forma de relacionarse y de contarse que podemos comprender que *son lo que les pasa*, y que en ese acontecer el cuerpo estará en disputa bajo sí mismo o bajo la mirada del otro, siempre.

Conclusiones

Para finalizar es importante comenzar a recoger algunas de las reflexiones planteadas en las nociones sugeridas en torno al espacio, el cuerpo y los afectos y de qué forma están ancladas con algunos sucesos particulares de la novela *Casas vacías*. Este entramado es sugerente para comprender no sólo de qué manera se puede asociar el cuerpo con características y propiedades conformes al espacio, sino también generar una reflexión en torno a la idea establecida histórica y culturalmente sobre el (ser/tener) cuerpo. He insistido en la forma en cómo los cuerpos se hacen manifiestos dentro de la estructura narrativa de Navarro, y también de qué manera las afecciones corporales, en particular, están condicionadas a través de la maternidad y el materner, en particular, en la experiencia adversa en la que los cuerpos femeninos se relacionan y habitan ese otro que contienen. En este análisis la idea de cuerpo y afecto se inscriben en el espacio de lo femenino, sin embargo, quiero dejar abierta la posibilidad de pensar la noción del *locus affectus* para *cualquier* cuerpo. Todo cuerpo es un espacio intensivo que se ve afectado tanto interna como externamente.

El *locus affectus* coincide entonces, por un lado, con una aproximación afectiva debido a los *humores* y cierto padecer simpático, en la medida en cómo el cuerpo-espacio colapsa en tanto sistema; y por otro, con un carácter social: todo cuerpo está inscrito en un entorno en donde entra en contacto con otros cuerpos,



otras miradas, otras perspectivas. El espacio, de esta manera, también es un afecto que altera, marca y efectúa la forma en la que el cuerpo transita en él.

Con la novela *Casas vacías*, Brenda Navarro permite comprender de qué manera dos cuerpos femeninos, con dos experiencias de vida, social y afectivamente diversas, pueden organizarse y adaptarse según las condiciones que acaecen en su entorno. Su experiencia pasa a través de su voz, que desde su materialidad, resulta la efectuación, lo que resuena, de cada uno de sus cuerpos, sus testimonios e historias que responden, así, a un trauma, a una vida, a una casa, siempre vacía.

Bibliografía

- Adrián Escudero, Jesús. “La genealogía del cuerpo”. *Corporizar el pensamiento. Escrituras y lecturas del cuerpo en la cultura occidental*. Torras, Meri (ed.). Mirabel Editorial, 2006.
- Agamben, Giorgio. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Adriana Hidalgo editora, 2006.
- Bartkowiak-Lerch, Magdalena. “Il viaggio nel sogno del Polifilo: tra il *locus horridus* e il *locus amoenus*”. *Studia Litteraria Universitatis Jagellonicae Cracoviensis* 15, 2020, 1–11.
- Coll-Planas, Gerard. *La carne y la metáfora. Una reflexión sobre el cuerpo en la teoría queer*. Kindle ed., EGALES, 2012.
- Deleuze, Gilles. *En medio de Spinoza*. Editorial Cactus, 2008.
- Guerrilla Girls, *Bitches, Bimbos and Ballbreakers: The Guerrilla Girls' Illustrated. Guide to Female Stereotypes*. Penguin Books, 2003.
- Hernández, Liliana, Rico-Sulayes Antonio y Castillo Carrillo, Gerardo. “El concepto de *maternidad*, su preferencia semántica y colocaciones en la novela *Casas vacías*: un análisis desde la lingüística de corpus”. *Humanidades digitales: Corpus y literatura en México*. Ester Bautista e Ignacio Rodríguez (eds.). Bonilla Distribución y Edición, 2021.
- Leonardo-Loayza, Richard Angelo. “Maternidades proscritas, mandatos sociales y violencia en la novela *La perra*, de Pilar Quintana”. *Estudios de Literatura Colombiana* 47, 2020, 151-168.
- Massey, Doreen. “La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones”. *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Leonor Arfuch (ed.). Prometeo Libros, 2016.



- McDonald, Glenda Camille. “The ‘locus affectus’ in Ancient Medical Theories”. *Medicine and Space. Body, Surroundings and Borders in Antiquity and the Middle Ages*. Patricia A. Baker, Han Nijdam y Karine van ‘t Land (eds.). Brill, 2012.
- Melich, Joan-Carles. *El otro de sí mismo. Por una ética desde el cuerpo*. UOC, 2010.
- Moraña, Mabel. *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo*. Kindle ed., Herder, 2021.
- Moraña, Mabel y Sánchez Prado, Ignacio M (eds.). *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Iberoamericana - Vervuert, 2012.
- Navarro, Brenda. *Casas vacías*. Sexto Piso, 2020.
- Ricoeur, Paul. “La identidad narrativa”. *Historia y narratividad*. Paidós, 1999.
- Soto Villagrán, Paula. “Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones”. *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*. Coord. Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto Villagrán, UAM, 2013.
- Torras, Meri. “El delito del cuerpo. De la evidencia del cuerpo al cuerpo en evidencia”. *Cuerpo e identidad I*. Meri Torras (ed.). Ediciones UAB, 2007, 11-36.
- Valles Calatrava, José. *Teoría de la narrativa. Una perspectiva sistemática*. Iberoamericana – Vervuert, 2008.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the University Library System, University of Pittsburgh as part of its D-Scribe Digital Publishing Program and is cosponsored by the University of Pittsburgh Press.